

Exquisita

Lorena Medina

Pintó hasta casi desfallecer. Su modelo era la mujer que cualquier hombre hubiera deseado asir en las nupcias y que él, sin codiciarla en lo más mínimo, la había comprometido en el altar hasta la muerte.

Gala era una mujer madura y hermosa, de cabellos cobrizos y ojos cálidos como la tierra ardiente. Su tez tenía un acabado de canela; al ser tocada por el hombre que la amaba y que la pintaba cada noche con una ansiedad riesgosa y demente, su piel desprendía los olores de las frutas más dulces y afrodisíacas.

Ella se enamoró joven, habría tenido no más de 18 años cuando conoció al adulto pintor una tarde en que, en una exposición colectiva, se vio atraída por la escena de unas bañistas que lavaban sus pieles de exquisito óleo trabajado. La materia lisa se repartía uniformemente sobre la tela, y las figuras femeninas emanaban una luz propia y cálida que opacaba sin piedad a los demás cuadros expuestos. Gala sintió una ligera repulsión por el realismo interpretativo del cuadro, una repulsión acompañada de curiosidad que la hacía inclinarse más a la pintura.

—¿Le agrada?

La joven dio un sobresalto y miró al hombre que acababa de hacerle la pregunta, era un ser imponente y alto; vestía un paletó oscuro, su mirada poseía una fuerza que parecía tener el poder de desnudar los ojos en los que se posaba. Ella asintió.

—Me entusiasma que le interese, tardé semanas enteras pintándola.

La atracción de la joven se vio incrementada con aquella afirmación intencionada del pintor; aquella tarde vagaron por la Via dei Benci hasta un callejón que el artista deseaba encontrar. Se adentraron a las fauces que aquel pasadizo para ambos abría; al fondo, casi al tocar el muro, se hallaba una escalera con peldaños de metal, que desembocaban en una puerta junto a un pequeño balcón. El hombre hizo un ademán a la joven para subir las escaleras: la dama, obediente a la mirada que la poseía, encaminó sus pies hacia lo alto. La puerta era la entrada a un salón pequeño y acogedor de tenues luces; contaba con cuatro mesitas ocupadas y una última vacía; en el balcón, las paredes de la cafetería se craquelaban desentrañando secretos de sus grietas, por lo que el dueño ocultaba los resquicios más grandes con cuadros de bellas musas. Permanecieron en aquel balcón hasta que la noche amenizó fastuosamente las luces de la cafetería, mientras que el pintor se regodeaba, tras el humo de su habano, de que aquellos cuadros habían sido un encargo del dueño para el café más selecto de Florencia, al cual él podía arribar sin previa cita.

Una vez que la vela de la mesa se hubo apagado, el presuntuoso hombre convidó a la dama a su apartamento, que quedaba a unas cuerdas de aquella cafetería. La joven, que no tenía más experiencia que las lecturas y las confecciones que hacía en casa de su tía —la cual le dejaba dar pequeños paseos por las tardes para tomar un poco de aire fresco, y que para esas horas ya se encontraría dormida debido al cansancio de la vejez—, decidió aceptar la invitación de su nuevo compañero.

Esa noche, Gala conoció el amor; permitió que otras manos fueran a parar en las partes más íntimas de su cuerpo, dejó que otro ser la habitara y la llenara de sí, se dejó perder y encontrar entre las sábanas y sudores por una figura que adoraba; el vaho de sus cuerpos había empañado las ventanas, formando dos gotas que se unían en una sola, y bajó por los cristales hasta el alfeizar.

En pocas semanas, Gala abandonó la casa de su tía y se fue a vivir con el pintor después del casamiento. Su amante siempre la llenaba de elogios y besos por todo el cuerpo cuando le imploraba que posara desnuda para él y el lienzo que le demandaba caricias de pincel. El amor de la joven permaneció siempre fiel e incluso engrandecido. La admiración por su esposo la llevaba a quedarse quieta y desvestida durante horas enteras. Al principio le era una labor agradable; la hacía sentirse el centro de atención, puesto que él ensalzaba cada parte de su cuerpo mientras la retrataba: sus caderas, ensanchadas como un reloj de arena; sus brazos, perfectamente contorneados; sus piernas, firmes y rozagantes; y su piel, ¡su piel!, tersa, de un brillo complejo y rosado que solo un ojo entrenado era capaz de imitar sobre el lienzo.

El pintor se apasionaba, verdaderamente se apasionaba con el genio de la creación que embelosa a todo aquel a quien domina. Podía terminar hasta dos pinturas en un solo día, y eran cada vez más las horas extras que exigía a su agotada esposa a desvelarse con él. Las madrugadas le eran perfectas, pues podía trabajar sin el ruido de los vecinos y las calles. El pintor estaba enamorado, sí: prendado, flechado y rendido a los aceites que la pintura le ofrecía. Amaba los colores que los óleos le brinda-

ban y la facilidad con que el pincel corría sobre las pieles que respiraban por los poros de la tela.

Gala era insegura y vulnerable frente al bastidor. La belleza que antes le causaba el ser observada por su marido se veía trocada por la crueldad de la cárcel inmóvil que le era su propio cuerpo. Ya no recibía elogios sobre su figura y sentía la mirada del pintor como un reproche. Las extremidades se le dormían ahora con mayor facilidad a causa de las estáticas horas que la apremiaban. Su cuerpo tieso y adolorido le causaba las expresiones más rígidas y repugnantes en su bello rostro.

—¡Basta!;No puedo trabajar así; tienes la cara de que estás oliendo mierda!

—Querido, estoy rendida. Paremos por hoy, ¿quieres?

—¿Y quedarme a media sesión? Estarás loca. Lo que pasa es que ya no eres como antes, ya no aguantas como antes; has perdido la fuerza, la belleza; tus extremidades ya no brillan como cuando tenías dieciocho; tu exterior se craquela como ninguna de mis pinturas lo hacen a pesar del tiempo; te ves deteriorada, los cueros se te caen. Cuando nos casamos eras mi mejor musa: adoraba tus carnes, tus muslos, tus senos, tus... ¡bah! Ya no eres nada de lo que fuiste, y ni siquiera puedes quedarte quieta para que te immortalice antes de que te desmorones.

Los ojos de la modelo comenzaron a inundarse; una lágrima se deslizó por sus coloradas mejillas. Su cuerpo se fue encogiendo poco a poco, hasta que no pudo soportar más la pose, llevó las palmas de sus manos a los ojos y los enjugó. El pintor se levantó de su banquillo y se acercó a su modelo.

—Ya, ya... paremos por hoy. Sabes que no quise decir todas esas cosas. Yo también ando algo desesperado; no me logra salir el tono del cogote... vayamos a descansar, querida.

Y esa noche él la volvió a tocar después de tantos años. Volvieron a unir sus cuerpos empapados de saliva y humedad. Las manos torpes del pintor habían olvidado cómo tocar las pieles de una mujer de verdad; entumecido su tacto por la demencia que los pinceles le habían causado, ella se sintió ajena y despojada del cuerpo que aún amaba. Terminado el acto amoroso, él se dio la vuelta y durmió con una

pasividad tan entregada que no cayó en cuenta de que su modelo, su original, su prototipo, su esposa, sollozaba sin lograr conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, el artista ya estaba listo, detallando la pintura de la noche anterior, esperando a que su modelo despertara. Gala, perpleja, observó a quien ya no la veía más que como a una pieza que servía para crear el verdadero objeto de amor de su esposo. Llegó a dudar del amor que este le había jurado, preguntándose si alguna vez la había contemplado como algo más que una modelo. Se sentía ultrajada, traicionada por un pastiche.

—Anda, anda, querida, ya es hora de ponerse a trabajar.

Gala contuvo el llanto que nuevamente apuntaba a estallar y reprimió en la cueva de su garganta. Se acercó al diván y repitió la pose del día anterior.

—No, querida, no, intentemos algo nuevo. Algo con lo que te veas más cómoda. He sido un tonto al creer que podrías permanecer parada largo rato, ya no... Mejor acuéstate en el diván... Eso es, ¡eso es! Eres buena en verdad, comenzaré ya... Si bien nos va, terminaremos antes de la cena.

Y el pintor tomó un bastidor nuevo, previamente tratado, y empezó a esbozar la figura de su mujer. De vez en cuando soltaba frases como «¡Qué hermosa!» «¡Qué exquisita figura!» «¡Qué piernas!» «¡Qué contornos tan placenteros!» «¡Cómo te adoro!»

Gala sintió sonrojarse hasta los muslos, y rebelándose contra su cuerpo de estatua, buscó la mirada del pintor cuando, emocionado, vociferó:

—¡Eres la más perfecta, la más joven...! —el artista exclamaba a la pintura hipnotizado.

Gala, helada por aquel engaño, bajó la cabeza mientras que el pintor seguía elogiando a su verdadero amor.

—¡La más bella creación que he...! ¿Pero qué...? ¡Gala, ¿por qué te has movido? No se puede trabajar así! De verdad que lo complicas. Anoche no podías aguantar la pose, y sintiéndome villano por tus lágrimas, decidí ser más considerado y darte una posición más cómoda, pero no entiendo qué te pasa... ¡Es insostenible!

Gala, confundida y despistada por aquel regaño, regresó su cabeza y mirada al punto original.

Durante toda la sesión permaneció quieta para no hacer rabiar a su esposo, pero dentro de sí, sus pensamientos la licuaban. Quizá él tenía razón, ya no era la misma. Ella lo había notado sin que él se lo dijera: el cuerpo le pesaba, las carnes le colgaban, su piel se arrugaba y oscurecía; en cambio, las damas de las pinturas no tenían ni una imperfección, ni una sola grieta. Jamás se quejaban de la incomodidad de permanecer inmóviles durante horas y horas. Siempre jóvenes y rosadas. Siempre perfectas. Las odiaba. Se odiaba. Deseaba nunca envejecer, estar siempre rozagante y bella, siempre dispuesta a ser amada y observada sin quejarse. Anhelaba el amor eterno de su esposo, a quien dejó que la pintara hasta tarde, complaciéndolo en todo. Y él, al notar el esfuerzo de su enamorada, la besó y le pidió otra pose más antes de la cena; ella, sin dudarle u oponerse, se quitó de nuevo la bata y se dejó pintar toda la noche hasta que el pintor ya no pudo más y le pidió ir a descansar, no sin antes echar una larga y traviesa mirada a la mujer del cuadro, a la que sin duda debía volver a acariciar con sus pinceles lo antes posible: a la mañana siguiente.

Aquella madrugada, Gala esperó a que su amado estuviera dormido, le besó la frente y le dijo:

—Ya no te desobedeceré nunca más.

Se dirigió al estudio a tomar una de las sogas que el pintor usaba para tensar las telas; se subió al banquillo del artista y la colgó a un ancla del techo sujetándola bien; le hizo un nudo, y dentro del aro de la cuerda, colocó su cuello; después dio un brinco al vacío, entregándose a la suerte de no volver a sentir el suelo nunca más.

Había amanecido, el artista estaba emocionado al no sentir el caliente cuerpo de su esposa: ¡Ya se encontraba en el estudio, lista para ser pintada! Se llevó tal impresión al verla colgada del techo que, con los ojos extremadamente abiertos, levantó su banquillo y descolgó con mucho cuidado a su mujer. La recostó, inerte, con cariño en el diván; se dirigió a su caballete, tomó un nuevo bastidor y comenzó una nueva obra.

—¡Eres divina! ¡Divina! ¡Qué palidez! ¡Qué calma! ¡Qué delicia! ¡Qué exquisita!